

Jorge Lomazzi: al maestro con cariño



Entró a YPF por recomendación de Enrique Mosconi. Dice que los consejos que le dio el legendario ingeniero le sirvieron para forjar toda una vida de trabajo. Vio nacer la destilería de Luján de Cuyo y ayudó a contener la inundación de la destilería de La Plata en el '40. Desde sus inicios, su carrera estuvo ligada al *downstream*, a la seguridad industrial y a la docencia, que ejerció durante 34 años. También fue un actor directo de la fundación del Instituto Argentino del Petróleo (hoy IAPG). En su departamento de Barrio Norte, recibió a *Petrotecnia* y repasó las anécdotas de su paso por la industria del petróleo.

Fue una tardecita de sábado hace 63 años. No más de 45 minutos bastaron para cambiar el curso de su vida. Eran las cinco de la tarde, cuando lo recibió su hermana llamada Ernestina, quien actuaba como secretaria del General y le abrió la puerta de una casa digna pero austera. En la sala, casi sin poder moverse de su viejo sillón, lo recibió una leyenda de la industria del petróleo: el general Enrique Mosconi. Era evidente que su estado mostraba un dejo de cansancio, su cuerpo sentía el peso de cada uno de sus viajes al corazón del petróleo, pero conservaba la energía de un viejo maestro. Corría 1939 y Jorge Lomazzi (hoy 84), por entonces un muchacho de 20, acababa de aceptar una oferta para trabajar en una compañía petrolera multinacional. Y eso para el ingeniero era poco menos que traición a la patria. Después



Jorge con su esposa Alicia en su departamento en Buenos Aires.

de media hora de retos y recomendaciones, lo mandó al lugar que sería su casa de labor por medio siglo: YPF.

“Estaba muy enfermo, casi paralítico. El tiempo que estuve frente a él casi no hablé. Me bombardeó. Me dijo de todo, que cómo iba a hacer eso, que era una traición, que no podía trabajar para una empresa extranjera. Los consejos que me dio los guardé para toda la vida”, recuerda hoy en su casa de Barrio Norte. Lomazzi había llegado a Mosconi a través de su padre, amigo del inge-

niero. “Cuando en mi casa se enteraron de que había dado el examen para trabajar en una refinería y que no sólo lo había aprobado, sino que ya tenía un puesto, no les gustó nada. En esa época la influencia de la familia era terrible. Mi papá acudió a Mosconi y le contó, con un poco de orgullo en el fondo, pero también con mala intención. Aunque él estaba retirado de YPF, le dijo: ‘mandámelo a tu hijo el sábado’”. El saludo de despedida fue de tono enérgico. Indicó que el lunes siguiente debía presentarme en el edificio de YPF a las 8 horas en el despacho del ingeniero Enrique Cánepa quien tendrá noticias de tal hecho.

Así fue como tuvo que presentarse a la empresa y rechazar el puesto por razones “familiares”.

El lunes a las 8 de la mañana (dos días después de la entrevista con Mosconi), entraba puntualmente en el recién inaugurado edificio de Diagonal Norte. “Todo era muy diferente a cómo es ahora. El sexto piso, donde tenía su oficina privada, era un gran salón con un escritorio por ventana. Los jefes se sentaban frente a la gente sin boxes, ni despachos separados. Había mucho respeto, pero con cordialidad”.

Apenas lo recibió en su oficina, Cánepa mandó a llamar al jefe del Departamento de Elaboración, el ingeniero Benazar. Luego de un cambio de palabras,



Montaje de una torre de 36 metros de alto en la construcción de la Destilería Luján de Cuyo.

llamó a su segundo que resultó ser el Ing. Bernardo Rickles, que le dio el encargo de tomarle la prueba de ingreso a YPF. “Fue el sábado siguiente a las 8, en la oficina 602. Me encerré ahí solito, sacó un toco de papeles, dictó cinco problemas y me dejó con el Manual de UTE para que los resolviera. Tenía tiempo hasta las 12.45. A la una menos cuatro, llegó puntualmente y yo le entregué las hojas. Me dijo que me llamarían entre martes y miércoles de la semana entrante. Igual, abandoné el edificio con una gran incertidumbre por saber cómo había resuelto los ejercicios. A los tres días, sonó el teléfono en mi hogar. Eran de YPF”.

Lomazzi vivía con sus padres y sus dos hermanos en una casa en la calle Bertrés entre Valle y Pedro Goyena, en el corazón de Caballito. Era la segunda generación de argentinos. Sus abuelos habían llegado de Italia a fines del 1800 y nunca se habían resignado a perder el idioma ni las costumbres de su país. Su padre, antiguo amigo de Mosconi, era gerente de la Forestal. El empleado que llamó le indicó que debía presentarse al día siguiente en la oficina de planta baja donde se encontraba el servicio médico. Allí mismo le hicieron el examen médico y le dieron destino: la destilería de La Plata.

La marca de Mosconi

Entró de la mano de dos hombres legendarios en YPF, Enrique Mosconi y Enrique Cánepa. ¿Qué recuerda de ellos?

Lo que me dijo Mosconi en esa entrevista no lo olvidé nunca. Me sirvió para comportarme en toda mi carrera. Lo volví a ver una sola vez más, cuando fui a decirle que había dado la prueba. Ya estaba muy enfermo, me recibió en el hall de su casa, en una silla de ruedas. Estaba muy abatido. Me dio una tristeza enor-

me. Le di las gracias y me fui. Al año siguiente murió. Con Cánepa sólo cambiamos unos saludos. Era un hombre extremadamente culto y muy educado. Sabía que yo lo iba a ir a ver y, aunque me derivó enseguida con sus colaboradores, me atendió con mucha cordialidad. Después, con el que más trato tuve siempre fue con el Ing. Rickles.

Durante la primera semana, estuvo haciendo un *training* en el mismo despacho del sexto piso donde le habían tomado examen. El lunes siguiente se presentó en la destilería de La Plata. El administrador, Dr. Alberto Zanetta, fue el encargado de decirle qué hacer: “Te-



Los consejos que le dio Enrique Mosconi lo acompañaron en toda su vida de trabajo.

nía que entrenarme muy fuerte durante nueve meses, porque ya estaba designado para la destilería de Luján de Cuyo, en Mendoza”.

Desde ese día, todas las mañanas se tomó el tren de las 6.16 desde Constitución y el de las 17.45 de La Plata a Buenos Aires. “En aquellos años se tardaba como dos horas en llegar. Además, había que hacer combinación en la ciudad de La Plata con el tren que iba a Ensenada, pero los ferrocarriles todavía eran ingleses y llegaban puntualmente. Yo salía muy temprano desde Caballito a la estación, así que desayunaba aborrido con otros compañeros, como Aranguren. No todos vivíamos cerca”.

Se inició en el *downstream* y nunca más dejó esa parte de la industria. Empezó en la planta de gasolina, en el *cracking* y en el *topping* y operando equipos de alto vacío. Se especializó en el área de seguridad industrial y prevención de incendios. Para su sorpresa, antes de irse no le tocó contener un fuego sino una inundación. En 1940 el Río de la Plata desbordó y, en pocas horas, la destilería se llenó de agua. Mientras evacuaban al personal tuvo miedo, si el agua llegaba a los hornos explotaba todo, por la temperatura que tenían los tubos. Trabajaron todo el día y lograron mantener las máquinas a salvo. “Estuve desde la mañana hasta la noche con botas de pescador hasta la cintura y cuando me quise acordar me di cuenta de que había dejado la ropa dentro de las oficinas, a las que no se podía entrar. Llegué como a las 12 de la noche a Caballito con las botas de pescador”, se ríe ahora.

La destilería estuvo parada cuatro días, pero Jorge no dejó de ir ni uno solo. La primera recorrida la hizo en un bote a remo (ir con un motor fuera de borda era muy peligroso). Cuando bajó

El carnaval y el príncipe de Gales

Cuando tenía seis años, su abuela lo llevó de vacaciones a San Juan. Terminaba un febrero bastante caluroso y, acostumbrado a los carnavales de Buenos Aires, no tuvo mejor idea que tirarle un baldazo de agua a una chica de 18. “Se enfureció, porque allá se acostumbraba tirar harina y albahaca, no agua. Fastidiada, me agarró y me tiró en una acequia. Era muy correntosa y perdí la conciencia rápidamente. Cuando me desperté, estaba tendido al borde de la acequia y me estaban haciendo respiración forzada boca a boca. Nunca más pude perderle el miedo al agua”, explica.

Unos años más tarde, su papá lo llevó junto a sus hermanos a recibir al príncipe de Gales que llegaba de visita a la Argentina, en un remolcador hasta la entrada de la rada. Era un acontecimiento para el que la familia se había estado preparando durante mucho tiempo. “Venía en barco. Entonces papá mandó a alistar un remolcador de la empresa para verlo pasar. Estaban todos encantados, pero yo no me pude mover de la cabina del pánico que tenía de caerme al agua. Al príncipe ni lo vi”.

el agua, llegaron en auto a los lugares más accesibles, pero llevó meses reconstruir todo.

Rumbo a Mendoza

Al poco tiempo, llegó su primer traslado. Pasó 15 días en el edificio de Diagonal hasta que le dieron el pasaje a Mendoza, pero antes de tomar el tren le quedaba un trámite muy importante por hacer. A los 19 años había conocido a una chica, también de familia italiana. Se llamaba Alicia Remaggi y el encuentro fue extraño. Se presentaron en un carnaval en un club de Lomas de Zamora. Disfrazados los dos, bailaron una pieza tras otra, hasta que a las dos horas se sacaron las máscaras. Desde esa noche sus destinos estuvieron unidos. Se veían a escondidas, pero ante un viaje tan largo se decidió a hablar. “Tenía miedo que en tantos meses se fuera con otro. Por eso, antes de partir, fui a su casa a hablar con el padre. Lo único que quería era permiso para escribirle y llamarla por teléfono. Le caí bien y me dejó”. Hoy llevan 56 años de casados.

Con 21 recién cumplidos, Jorge se embarcó rumbo a Mendoza. Le dieron un camarote exclusivo. Según le explicaron en YPF los empleados siempre viajan sin ninguna compañía.

¿Cómo era trabajar en YPF en aquella época?

Y era tener una carrera brillante, más a la edad que tenía yo cuando entré. Yo me fui a Luján de Cuyo ganando muy buena plata. Cobraba \$ 350, que para esos días era un “capitalón”. También era un poco desorganizado, porque todo estaba naciendo. Fíjese que cuando llegué a Mendoza, nadie sabía en la zona de mi traslado, ni tampoco las tareas que tenían que asignarme.

En la estación de trenes no había nadie esperándolo. Eran las seis de la tarde pasadas y, después de esperar un rato, se fue a un hotel “de primera”, tenía dinero como para pagarlo. Preguntó en la recepción y le indicaron que para llegar a Luján de Cuyo tenía que tomar un micro que salía a la mañana temprano. Eran 40 kilómetros, pero el colectivo tardó más de una hora en llegar, “entraba en todos los pueblos”, recuerda Jorge. Cuando por fin llegó, lo único que encontró fue una pulpería. Entró y pre-

Maestro de alma

Una tarde de 1975, Jorge Lomazzi entró en la escuela Primera Junta de Caballito, el colegio donde había hecho la primaria. “Cumplía 50 años de egresado y quería volver a ver el lugar donde había pasado mi infancia. Pedí hablar con el director pero no me quiso recibir en su despacho. De parado y en el pasillo, me dijo que si quería recorrer la escuela fuera con el portero. Estaba la higuera de donde robábamos fruta, el patio, las aulas, pero pocas veces me sentí tan triste por esa actitud del señor director. Yo soy maestro y jamás le haría eso a un alumno que solicita visitar la escuela después de cumplir 50 años de haber egresado”.

Jorge habla con convicción. La docencia fue su otra gran vocación, además del laboratorio. Dio clases en escuelas secundarias técnicas durante 34 años. “Estaba enseñando en las escuelas del CONET cuando me di cuenta de que los chicos salían –igual que me había pasado a mí– sin saber nada de lo que significa el agua en la industria. Yo había hecho un estudio de contaminación en el río de la Plata y en el Paraná con unos resultados terribles. Por eso, quería que mis alumnos supieran el daño que producen los malos industriales a nuestros recursos naturales. Además, era y es notorio la forma en que se derrocha el agua en la Argentina. Éste es uno de los pocos países que contiene en su territorio, agua dulce en cantidades importantes. Pero si la seguimos contaminando como lo estamos haciendo desde décadas hasta el presente, nuestros hijos y nietos, sin duda, nos culparán por dejarles como herencia un río de agua dulce contaminado y sin poder explotarlo. Pedí autorización para la clase especial, porque el contenido no estaba en el programa, y me la negaron. Igual la di. En mi legajo todavía consta el llamado de atención que me hicieron cuando se dieron cuenta”. Jorge se jubiló en diciembre de 1985 como profesor titular de Química, de Mantenimiento y Reparación de Equipos y de Organización Industrial I y II, pero todavía hoy lo siguen llamando para dar charlas en las escuelas donde trabajó.

guntó por la gente de la destilería. “Me dijeron que hacía varias horas que se habían ido. Paraban a tomar algo a eso de las 7 de la mañana antes de que pasara a buscarlos el camión que los llevaba al campo”. Otra vez tuvo que hacer noche sin saber cuál iba a ser su destino, sólo que en el pueblo no había hoteles de primera. Se tuvo que conformar con un cuartito en una pensión. A las 6 de la mañana estaba listo para lo que fuera en la puerta de la pulpería. Una hora

después llegó el camión de YPF con un capataz. “¿Usted es del Departamento de Obras?”, preguntó el encargado. Cuando le contestó que pertenecía al área de elaboración, el hombre lo mandó a Godoy Cruz, a las oficinas de la Administración Zonal de Yacimientos. De vuelta, colectivo, transbordo y nueva presentación. Esta vez, ante el Ing. Alejandro Ugarte, el administrador. “Tampoco tenía noticias de mi llegada”, recuerda. Dobló nuevamente la carta que le habían dado en Buenos Aires y se fue a la destilería a ver a un tal Dr. Monti, jefe de Planta. Desde allí terminaron llamando a Buenos Aires para ver qué hacían con ese muchacho que andaba dando vueltas por todas las dependencias de YPF con una valija. Desde el edificio de Diagonal, el Ing. Galletti primero y el Ing. Benazar después le ordenan quedarse en Godoy Cruz como jefe de Seguridad de zona.

“Cuando seas jefe, nunca tutees al personal. Muestre enérgico, pero sereno y, sobre todo, educado. Tratá a la gente con respeto. Está trabajando, igual que vos”, le había dicho Mosconi aquella tarde de 1939. Fue lo prime-



Lomazzi (izq.) con el Ing. Stock, Jefe de obras del Oleoducto Tupungato-Anchoris.

Una familia a la italiana

Sus abuelos llegaron de Génova a fines del 1800. "Mi abuela materna se bajó del barco con 13 años cumplidos. Se formó acá, pero nunca habló una palabra en castellano. Así que tuve que aprender a la fuerza genovés, el idioma que se hablaba en mi casa". Los padres de su mamá fueron los dueños del mítico Café de los Angelitos, en Rivadavia y Rincón, pero lo vendieron antes de que lo bautizaran con ese nombre. También tuvieron una cantina en La Boca. Cuando la hija se casó vivieron juntos. Toda la familia se mudó a José María Moreno y Pedro Goyena. La avenida José María Moreno estaba empedrada hasta Juan Bautista Alberdi. De allí en adelante, hacia el sur, la calle era de tierra y en las fechas patrias se corrían carreras cuadreras y de sortija. "A la mañana, venía el lechero a la puerta de casa. ¿Sabe qué era? La vaca y un muchacho que la ordeñaba".

Con Alicia tuvo dos hijos, Jorge, licenciado en Informática, y Ricardo, gerente del Banco Nación. Hoy disfrutan de cinco nietos "preciosos", Nicolás, Marina, Carla, Andrea y Julieta.

ro que recordó cuando le dieron el cargo en Mendoza. "Jamás le dije a nadie 'che, esto o che, aquello'. Y me dio muy buen resultado. Me tuve que topar con gente más grande que yo, de la zona. Yo era un muchacho sin experiencia y les tenía que dar órdenes. Me ganó el respeto".

Como la destilería de Godoy Cruz no era muy grande, pronto le llegaron nuevas tareas. Dos días trabajaba en la administración central, dos en el oleoducto Tupungato-Anchoris, en plena cordillera, y otros dos en Luján de Cuyo.

Entonces, finalmente, llegó a trabajar en el que iba a ser originalmente su destino...

Sí. Me encargué de la seguridad de la obra. Por ese entonces, la destilería era sólo ripio y chañares. Recién se estaban empezando a diagramar las calles. En un comienzo, trabajé con el jefe de obra, el Ing. Salor, pero mi primer superior oficial allí fue Ronald Ryberg quien fuera después el administrador de la destilería Luján de Cuyo. Después llegaron el Ing. Tofoletti, jefe de Elaboración, el Ing.

Anzorena, y a cargo del servicio técnico, el Ing. Stoessel y de la usina el Sr. Curbello. Cuando vinieron los norteamericanos, de la empresa Lumus, me tocó trabajar nueve meses de las 8 de la noche a las 8 de la mañana sin relevos ni francos. Los que teníamos jerarquía

debíamos vigilar que los *Johnnies* (como les decíamos) no falsearan los gráficos. En el contrato había un ítem que decía que si la destilería consumía menos toneladas de vapor o de electricidad, la compañía Lumus se llevaba un premio, pero si gastaba más ellos tenían que pagarnos a nosotros. Así que había que estar con los ojos bien abiertos.

En el laboratorio de Florencio Varela

En el 42 con la destilería ya trabajando Lomazzi debió tomarse otro tren a Retiro. Al año siguiente ya estaba en su nuevo puesto. Esta vez mucho más cerca. Jefe de Seguridad e Incendios del Laboratorio de Florencio Varela. Después de todo el trabajo que había tenido en Mendoza, pronto se aburría. "En un laboratorio siempre sobra tiempo. El doctor Arturo Menucci, director del Laboratorio, me propuso montar uno de ensayos físicos de materiales.



Traslado de una torre desde Anchoris a la Destilería Luján de Cuyo.

La cuestión me entusiasmaba, porque me permitía trabajar en la parte técnica, lo que más me gustaba". La regla era la observación. Cada semana, visitaba dos laboratorios modelo, el de Ferrocarriles y el de Obras Sanitarias.

Cuando los Estados Unidos dejaron de vender tetraetilo de plomo a la Ar

Siempre activo

Haberse jubilado, dice, le dio tiempo para escuchar música. "Desde el 70 grabo cassettes, compilando los temas que me gustan. Ahora tengo una buena discografía. Me gusta alguna ópera, la música clásica ligera orquestada, pero sobre todo el jazz".

Aclara que, aunque alguna vez jugó al rugby en el club Obras Sanitarias y al tenis en la escuela secundaria, nunca fue constante con los deportes.

Después de su último paso por YPF no se quedó quieto. Volvió a las destilerías de La Plata y Luján de Cuyo para el control de calidad de las obras de Mayor Conversión que estaba haciendo SADE-JGC. Desde el 92, es asesor y apoderado general de Lisotto y Cía, una firma dedicada a la ingeniería sanitaria.



Se inaugura el comedor de Luján de Cuyo: Lomazzi (de izq. a der.), Stoessel, Carrascosa e Ilarri.

gentina, lo ascendieron a segundo jefe de la planta de elaboración de ese producto. “Hicimos patria. Empezamos fabricando 100 kilos por día y terminamos en 300 kilos. Abastecíamos a toda la aviación militar y comercial del país”. Mientras tanto, consiguió que le dieran permiso para salir antes y empezó a estudiar química en la Universidad de La Plata. “Andaba con el tiempo justo. Tomaba el micro en la puerta. Mis clases eran de 11 a 15, justo en mi horario de almuerzo”. En el medio se casó. Fue un 24 de mayo del 46. “Elegimos esa fecha, porque al día siguiente era feriado. No nos dimos cuenta y en la ceremonia terminamos todos cantando el himno”.

El tratamiento de plomo es un proceso sumamente peligroso. ¿Cómo hacía para mantener la seguridad?

Con mucha rigurosidad. Allí íbamos todos vestidos de blanco, hasta la ropa interior la llevábamos de ese color. Además, teníamos que hacernos un control médico quincenal. Yo siempre fui muy exigente con las normas. Si veía alguien sin guantes, ya tenía un par preparado para darle.

Cuando volvió el abastecimiento la planta cerró, pero Lomazzi siguió siempre ligado al *downstream*. Trabajó en la síntesis de *Fischer-top* (obtención de hidrocarburos sintéticos a partir de hidrógeno y óxido de carbono) y de catalizadores para *cracking catalítico* desde arcillas traídas de San Juan y de Ingeniero Jacobacci, en Chubut. En 1953, después de casi catorce años de su ingreso, tomó la decisión más difícil de su carrera: alejarse de YPF. Un amigo que había trabajado con él en la destilería de La Plata, el ingeniero Aranguren, le ofreció pasarse a la firma Lottero Pappini como jefe de Laboratorio.

Una buena oportunidad. ¿No?

Sí. Sobre todo, porque lo armamos casi desde cero. Estuve 14 años trabajando allí y me dio muchas satisfacciones. Pero una vez que estaba todo en marcha, me transfirieron a las oficinas, en pleno microcentro. A mí me gusta la práctica y no me sentía cómodo. Un día llegó una persona, me pidió una cita y



Lomazzi hace entrega de medallas en el día de la Seguridad en el Laboratorio de Investigaciones de YPF en Florencio Varela (1950).



Aparato de Síntesis para obtener hidrocarburos a partir del gas natural. En primer plano el Dr. Carlos Antonena. En el laboratorio de F. Varela en 1950.

me ofreció el puesto de director de la Refinería Ciudadela Petroquímica, una compañía que recién empezaba. El cambio era bueno, me proponían triplicarme el sueldo y acepté.

La compañía se instaló en Ciudadela y pronto los vecinos del barrio empezaron a quejarse. “Nos hicieron una cantidad increíble de inspecciones. Por malos olores, ruidos molestos, lo que se le ocurra. Nunca encontraron nada. Un día me di cuenta de la malasangre que me estaba haciendo. Renuncié en 1970”. Era el momento de volver.

El doctor Rubén Antolla, gerente de Industrialización de YPF, le ofreció el Departamento de Especialidades. “Dije que sí sin pensar. YPF era mi casa”. Estuvo a cargo de la fabricación del famoso insecticida PIF, además de antisármicos y matamoscas. Siete años después, en diciembre de 1977, le avisaron que tenía la antigüedad suficiente para jubilarse. Había corrido mucha agua bajo el puente desde su ingreso. Ahora había boxes, despachos, hasta el edificio de Diagonal, que tan grande le había parecido cuando llegó a ver a Cánepa, empezaba a quedar chico. Había visto na-

cer Luján de Cuyo, Tupungato-Anchoris, había armado y desarmado decenas de laboratorios y había sido actor directo de la fundación del Instituto Argentino del Petróleo (hoy IAPG) y del Instituto IRAM, hoy socio vitalicio de ambas organizaciones. Quizás era tiempo de transmitirle esa experiencia a los más jóvenes.

Mientras hacía los trámites en la oficina de personal, quiso sacarse una duda. “Nunca me había animado –disepero en ese momento no tenía nada que perder. Le pedí al empleado que estaba gestionando mi retiro si me podía mostrar mi legajo. En la primera página estaba lo que buscaba. Una hoja medio amarilla con la letra que tenía a los 20 y los cinco problemas que me había dado a resolver Rickles. Arriba, en negro, estaba la nota. Me había sacado un 9,50”.

Durante la década del 70, actuó como perito químico en los Tribunales Nacionales del Trabajo y por sorteo debió actuar en un problema presentado en la empresa Brassobora y en el accidente que arrasó a la planta de Davis Parquer en la localidad de Pacheco, provincia de Buenos Aires. ●